

# Cinco Rutas por el antiguo Reino de Murcia

*José María Galiana*



AYUNTAMIENTO DE MURCIA  
Concejalía de Cultura y Festejos



ISBN 84-89279-86-1

MC-2-2-3



MUSEO DE  
LA CIUDAD

# CINCO RUTAS POR EL ANTIGUO REINO DE MURCIA

*José María Galiana*

José María Galiana nació en Murcia, el 19 de marzo de 1945. Autodidacta, ha musicado, interpretado y editado medio centenar de poemas de Miguel Hernández, Vicente Medina, Julián Andúgar, Antonio Oliver, Francisco Sánchez Bautista, Salvador Jiménez, Eliodoro Puche, Ramón Gaya y canciones propias. Para la Compañía de Teatro "Julián Romea" realizó el soporte musical de obras de Lorenzo Píriz, Rojas Zorrilla y Bertolt Brecht. Guionista de la enciclopedia visual *La Región de Murcia en cinta*, autor del himno de premiación de las VI Jornadas Olímpicas celebradas en Murcia en 2001 y colaborador asiduo del diario "La verdad" desde 1980, ha publicado *Ciudades y pueblos de la Región de Murcia*, *Semana Santa de Lorca* y *Murcia de plaza en plaza*. Es académico correspondiente de la Academia de Alfonso X el Sabio.



LIETOR. CALLE DE LA CANALEJA

## Mundo, el río amarillo

*Antes de unirse al río Segura, el Mundo, su principal afluente, se remansa en dos pantanos: Camarillas y Talave, que reciben las aportaciones del Tajo. A menudo, esos caudales inundan el bosque de álamos que alegra las riberas del Mundo en la confluencia con el embalse de Camarillas.*

**N**ada hace pensar que a ocho kilómetros de Cancarix, pasado el pequeño poblado de Agramón, se encuentra un paisaje tan placentero y bucólico como el que ofrecen los sotos y riberas del río Mundo, antes de que sus aguas se aquieten en el embalse de Camarillas. Una imagen va a perdurar en la memoria del viajero que se adentra en esta geografía alta, clara y amena, y es el contraste entre el verdor de los pinos que trepan hasta los cantiles de la sierra de los Donceles y el río amarillo de chopos que escolta el cauce del Mundo.

La estación más deseada no siempre es la primavera; algunos adictos a la naturaleza son partidarios de ciertas luces otoñales que la superan en encanto y hermosura. Si el sol brilla en lo alto, esa sensación se reproduce aquí, desde que se cruza el estrecho puente que salva el Mundo: la chopera encendida delata el camino que emprende el río hasta llegar al pantano, a cuyas orillas acuden los domingos más de un centenar de pescadores, algunos de ellos venidos de Cieza y Calasparra.

Cancarix está a 68 kilómetros de Murcia, pasada la venta del Olivo, y pertenece a la provincia de Albacete. Desde allí a Agramón hay ocho kilómetros y a Camarillas, veinte. A uno y otro lado de la carretera, el paisaje es claramente manchego: un lienzo campesino de tierras pardas y rojizas moteadas de pinos, alguna plantación de vid, cotos privados de caza, unos pocos olivos,

cereal, bancales de hortalizas, rebaños, anfiteatros calizos y algún cerro testigo desde cuya cima amesetada se divisa la planicie.

Antes de llegar a Agramón, la carretera bordea su estación de ferrocarril aparentemente abandonada, aunque las edificaciones o cobertizos anexos parecen habitados por emigrantes magrebíes; después, mediado el pueblo, hay que tomar el desvío que lleva a Minas, aldea situada a 14 kilómetros. Pasado Agramón se cruza un puente estrecho que salva el río, aunque ningún cartel indica que se trata del Mundo ni que hay un camino de tierra por el que bajar hasta sus orillas acondicionadas para el baño.

El afluente del Segura nace un centenar de kilómetros más arriba, en el impresionante paraje de Los Chorros, término de Riópar y Vianos, a 1.400 metros de altura. Atraviesa el idílico valle de las Truchas, las Fábricas de San Juan de Alcaraz, las encajonaduras de Ayna y Liétor, se serena en el embalse del Talave que regula las aportaciones del trasvase Tajo-Segura y luego describe un arco hacia el sur para sumarse al Segura, después de regar estos campos de Hellín y recibir el aporte de la rambla de Minateda, que da nombre al célebre yacimiento arqueológico. En su rodadura se nutre de otros afluentes, como el río de la Vega, los Vadillos, Bogarra y rambla Honda. Finalmente, tras remansarse en el embalse de Camarillas, a 114 kilómetros de su cuna, confluye con el Segura en Las Juntas, 5 kilómetros más abajo.

Desde el precitado puente de Agramón, la carretera discurre paralela a la margen derecha del Mundo; más abajo se ven los primeros pescadores, amarillea aún más la arboleda y apetece caminar por los sotos y riberas de este río que se ha desbordado y cubre buena parte de la chopera. Luego, el asfalto se torna sinuoso, cobra

altura y el paisaje gana en belleza, pues el cauce se agranda hasta convertirse en laguna. Durante un par de kilómetros, los altos y quebradas de la sierra de los Donceles nos distancian del río; hay que cruzar pinares y cortijadas para verlo de nuevo, a lo lejos, tras una vasta ladera alfombrada de alcaciles. Desde aquí hasta Minas y Salmerón, en el límite geográfico de Albacete y Murcia, el cultivo de brócoli y la alcachofa están reemplazando al del almendro. Tras ese mar de hortalizas vuelve a ocultarse el río, y ya no reaparecerá hasta bajar al embalse. Los acantilados de la serranía de los Donceles y la espesura del pinar que baja hasta el agua ofrecen un paisaje muy similar al de la Costa Brava.

Esa perspectiva se obtiene al descender hacia la presa; un rótulo prohíbe el paso «a todo el personal ajeno», pero nadie se resiste a cruzar el túnel horadado en los estribos de un desfiladero impresionante: la angosta y afilada garganta de cien metros de alto que cierra el pantano; la presa tiene 36 metros de altura y sólo 24.70 metros de longitud, lo que la convierte en la más pequeña de los embalses de la Cuenca. Cuando se inauguró en 1963, el Camarillas tenía una reserva de agua de 39 millones de metros cúbicos; dispone de válvulas de desagüe para riegos situadas a dos alturas en el cuerpo de la presa, con una capacidad máxima de desagüe de 52 metros cúbicos por segundo y de dos aliviaderos de superficie, uno en cada margen, con capacidad total de desagüe de 320 metros cúbicos por segundo.

Fascina ver, a tan escasa distancia, ese turbión de agua que brota de la presa, estalla en el aire y crea un microclima excepcional (las paredes de la garganta, revestidas de musgo, parecen de terciopelo).

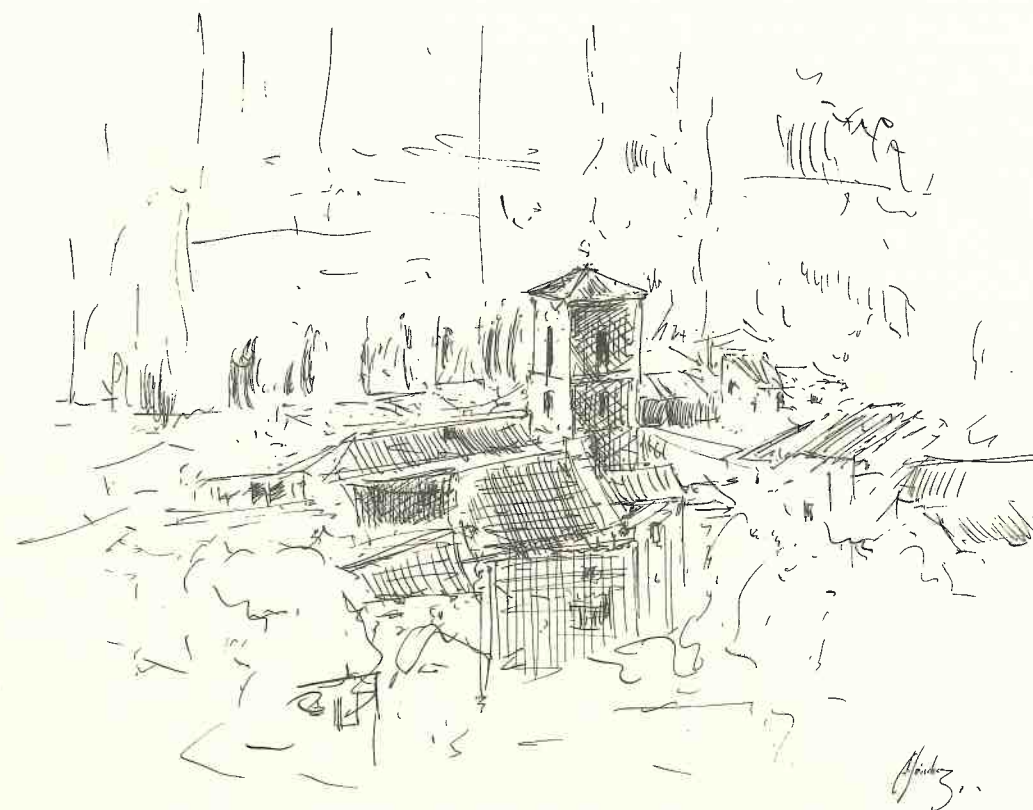
*«Han soltado agua del Talave -dice un vecino de Cieza que pesca en la orilla del pantano-; debe haber ocho o diez metros más de profundidad que el año pasado; antes, el río no pasaba de los cincuenta metros de ancho y ahora tiene más de trescientos; ese islote era la orilla; debajo del agua hay bastantes árboles y un cabezo donde yo suelo pescar.»*

Desandando el camino, a la derecha está el poblado, es decir, las edificaciones para el personal de servicio. Merece la pena detener el vehículo y caminar por este paraíso vegetal jalonado de altos pinos, con terrazas de piedra que se asoman al embalse, setos de aligustre, varias clases de ciprés, abetos, enredaderas, ibiscus, cactus, jazmineros y una piscina semicubierta por la hojarasca que confiere al jardín una impronta romántica.

De allí parte un camino de tierra que baja hasta las verdes riberas del embalse de Camarillas. Verdes y amarillas, pues ese río de oro se prolonga hasta aquí, y se adentra, e incluso se sumerge bajo las aguas, al igual que el prado, las adelfas y los jopos silvestres. Entre los troncos sumergidos de los chopos se ve a los pescadores echar el anzuelo: barbos, carpas, black-bass y algún cangrejo de río, mientras la novia de un pescador extiende un mantel a cuadros sobre el césped y abre la fiambarrera.

Es lo que requiere el viaje, de lo contrario habría que desandar el camino, ir al pueblo de Minas, que está a tres kilómetros, y proveerse de bebida y comida en el bar Levante, el único del poblado. El paisaje ha cambiado bruscamente; del verdor del pantano se pasa a una tierra que parece calcinada. En Minas se encontraba la Azufrera del Coto de Hellín, explotación minera que echó el ce-

errojo en 1960. Desde entonces, los vecinos han malvivido o emigrado, aunque en los últimos años se ha extendido el cultivo de hortalizas, especialmente brócoli y coliflor. Frente a Minas, a los pies de un sugerente montículo poblado de pinos, se encuentra Salmerón, caserío incluido en los límites geográficos de Murcia. Entre las hortalizas que verdean el valle se desliza, cansino, un río Segura bien escaso de agua. Poco más allá, pasada la estación de ferrocarril de Minas, el Mundo y el Segura convergen en el inolvidable paraje de Las Juntas.



NERPIO, CERRADO AL PONIENTE

## De la vega del Taibilla a Nerpio

*El río Taibilla, primer afluente del Segura, nace entre el macizo de La Sagra y Nerpio. De su embalse, aún en tierras albacetenses, parte el canal que abastece de agua a Cartagena, Lorca, Alicante, Murcia y pueblos intermedios.*

**E**l río Taibilla, que a su paso por Nerpio se le nombra Turri-  
lla, nace en las estribaciones septentrionales del macizo de  
La Sagra, entre las aldeas de Huerbas y Pedro Andrés, a  
unos quince kilómetros de Nerpio. Se forma con las fuentes y regatos  
de la sierra de Huerbas, el Calar Blanco y las lomas de las Yeguas Mo-  
renos, y se desliza por los hontanares y angosturas de un territorio  
agreste, frío e histórico, si se tiene en cuenta que en la comarca exis-  
ten más de sesenta estaciones de arte rupestre, un poblado ibérico, el  
castillo del Taibona y el torreón de Vizcable, una de las atalayas mu-  
sulmanas mejor conservadas del desaparecido Reino de Murcia, situa-  
da junto a una necrópolis ibero/romana.

Los manantiales y ramblizos de las sierras de las Cabras  
(2.081 metros de altitud) y del Taibilla (más de 1.500), el arroyo de  
la Fuente, a su paso por Nerpio, y la rambla de La Rogativa, cu-  
yos aportes llegan hasta el mismo embalse del Taibilla, incremen-  
tan sensiblemente un caudal que, tras cruzar la soberbia garganta  
del Estrecho del Aire, de siete kilómetros de longitud, se une al Se-  
gura en la umbría del Mateo, tras sesenta kilómetros de recorrido.

La fotografía que ilustra la campaña *Murcia, tierra adentro*  
muestra el ropaje otoñal de los chopos que se alinean junto al cor-  
tijo del Mojón y Arroyo Blanco, en el umbral de la rambla de La  
Rogativa, uno de los escenarios más hermosos y desconocidos de  
la Región. El paisaje, semiárido, alterna el bosque claro con peque-

ñas huertas aterrazadas donde espiga el cereal, la uva de mesa, unos  
pocos frutales de hueso y las hortalizas que el campesino cultiva  
para consumo propio.

Como es habitual, las primeras lluvias de octubre han produ-  
cido algunos desprendimientos en los inquietantes *Estrechos del*  
*Mojón* y el agua de la rambla, tras recibir el aporte de la fuente de  
Los Almedes, ha saltado la pista forestal camino de Arroyo Blan-  
co, donde también se alzan hileras de chopos, nogales, arces, cere-  
zos y una olma de grandes dimensiones.

La rambla de La Rogativa se forma en el macizo de Revolca-  
dores, discurre paralela a la línea divisoria con Albacete y cruza a  
la altura del embalse del Taibilla, situado en la provincia vecina,  
aunque es sabido que el Reino de Murcia se extendía hasta Nerpio,  
Torre de Taibilla, Siles, Segura de la Sierra, Yeste, Letur, Socovos,  
Liétor, Hellín y Chinchilla.

Esta ruta nos lleva a Caravaca, Barranda, Campo de San Juan  
y lavadero público de El Sabinar, donde nace el río Alhárabe.  
Desde aquí se emprende camino hacia Nerpio, cruzando el pára-  
mo donde se conservan las últimas sabinas de la Región y per-  
diendo altura luego, entre pinares, a través de la carretera que bor-  
dea el embalse del Taibilla, entorno natural apto para la pesca, de  
gran belleza y espaciosidad, muy sugerente por los escarpes roco-  
sos que lo coronan.

El pinar comparte ahora protagonismo con breves plantaciones  
de almendros en las laderas aterrazadas y al fondo del valle, tras un  
ringlero de chopos muy altos y frondosos que crecen a orillas del  
embalse, se distingue la vega del río Taibilla, franja de terreno fértil  
donde verdean los primeros nogales. A sólo 500 metros del embal-

se sale al paso Villa Turrilla, dos casas rurales en las que, además de hospedaje y pesca de truchas, proporcionan nueces y miel.

De repente se suceden las curvas y la carretera empieza a ganar altura; abajo, ya en la lejanía, se ven los tejados de un caserío cubierto de vegetación, y es que aquí, en lo más profundo de la sierra del Segura, junto a manantiales de agua pura y testimonios de antiguas civilizaciones, crece el roble, la encina, el enebro, la sabina y el nogal. Reserva natural de especies protegidas, como la cabra montesa, el águila real o el buitre leonado, Nerpio surge de improviso, a 1.100 metros de altitud, encajonada entre montes, al pie de un imponente anfiteatro calizo. Los árabes dejaron su huella en el trazado de sus calles, curvas y estrechas concebidas para eludir los excesos del sol, aunque en este pintoresco pueblo, de apenas un millar de habitantes, los veranos son suaves.

Presiden la plaza principal el edificio del nuevo Ayuntamiento y la iglesia de la Purísima, sencilla y austera, de la que merece la pena visitar el retablo de Santa Rita, pues guarda bastante semejanza con el retablo mayor de la parroquia de Santiago de la Espada: está formado por un solo cuerpo con hornacina central flanqueada por dobles columnas salomónicas con ángeles y hojarasca. A la espalda, el camarín de la virgen forma un curioso cobertizo sobre la calle.

Como en otros muchos pueblos de la comarca, en Nerpio se celebran los habituales encierros y en Navidad, las cofradías de Ánimas recorren las calles del pueblo con sus instrumentos interpretando canciones tradicionales y recogiendo limosnas. El encanto de Nerpio no se halla en el pueblo, a pesar de ser pintoresco, sino en sus numerosas fuentes y en la espesura y feracidad de sus terrazas cuajadas de nogales, cereal, legumbres o manzanos, y

sobre todo en su agreste sierra, muy frecuentada por los amantes del senderismo de montaña y la espeleología, con paisajes tan hermosos como El Molino de las Fuentes o El Zaralar, y los numerosos abrigos con pinturas rupestres de tipo levantino esquemático y naturalista, en los que sobresalen los conjuntos de Las Bojadillas y La Solana de las Covachas, además del poblado del Macatón, datado en el Bronce II y de transición a la Edad del Hierro. En la Oficina de Turismo, ubicada en la plaza del Ayuntamiento, dan cumplida cuenta del interesante Parque Cultural que se promociona con el lema *Entre la historia y la naturaleza*. Debe saber que en Nerpio, declarado por la Unesco Patrimonio de la Humanidad, existen unas 60 estaciones de pinturas rupestres con escenas de caza, guerra y danza.



LETUR. IGLESIA DE SANTA MARÍA, SIGLOS XV Y XVI

## Letur, la música del agua

*Este es un viaje al agua que canta en las albercas, fuentes y barrancas de Letur, uno de esos pueblos blancos que los musulmanes edificaron sobre un escarpe rocoso para controlar el paso del enemigo y abatirlo.*

**A**l oeste del embalse del Cenajo, siguiendo la estrecha y destartalada carretera que une Calasparra y Socovos, la orografía se ofrece abrupta y salvaje, plena de contrastes, con el común denominador del agua, la que discurre por las acequias o salpica en la fuente, la que se aquieta en la alberca o retumba en el hontanar, la que se derrama en cascada como airosa cola de caballo y la cristalina que trasluce el verdín de las canaletas.

El agua ya se hace presente en Calasparra: el río Segura se esparce generoso por el arrozal y busca la garganta de Almadenes; más al norte, camino de Férez, se cruza el río Moratalla, apenas un hilo de agua entre las pardas sembraduras, y a la altura de Tazona hay vides, olivos, almendros y un riachuelo. Hay que pasar el centro turístico El Cañar para divisar los restos del castillo de Socovos, de base almohade y culminación cristiana en su torre del homenaje. En el municipio hay vestigios de iberos y romanos, pero la población es musulmana; cedida a la orden de Santiago fue cabeza de una encomienda que incluía Letur, Férez, Liétor y la pedanía de La Abejuela. La iglesia de la Asunción, construida en el siglo XVI, tiene una sola nave cubierta de madera y un singular púlpito plateesco (en la iglesia moderna se guardan algunas imágenes de vestir esculpidas en el taller de Salzillo).

A tres kilómetros, en dirección a Elche de la Sierra, se encuentra Férrez, otro pueblo conquistado por Fernando III y entregado a los santiaguistas; villa desde 1488, el centro urbano conserva la traza árabe. La iglesia también está dedicada a la virgen de la Asunción y se levantó en el siglo XVI. Son célebres los encierros de toros a primeros de octubre y la repostería tradicional: fritillas, hojuelas y suspiros. Situada entre el Segura y el canal del Taibilla, Férrez tiene espacios naturales propicios para el senderismo, la pesca, el baño o la vela, como el paraje del Atajadero, el arroyo de La Mora, el delicioso puente de Hajar y La Alcantarilla de Jover, fértiles tierras que ahora aparecen cubiertas por el embalse del Cenajo.

De Calasparra a Socovos hay 35 kilómetros y de allí a Letur, 18. Pasado el cuartel de la Guardia Civil, el viajero percibe los primeros sonidos del agua a través de una sucesión escalonada de saltos, estanques, fuentes, muros de piedra revestidos de musgo y umbrosos jardines pródigos en hiedras y helechos.

La Relación de 1578 ya consideraba a Letur un «pueblo fresco y deleytable, alegre, de mucha agua y frescuras»; además, salvo imperdonables atentados urbanísticos, conserva un casco antiguo declarado conjunto histórico-artístico por sus calles curvas y angostas, sus azucaques, miradores al valle que surca el Segura y salidas a la huerta, como la que desciende hasta uno de sus más hermosos rincones, Charco Pataco. Si le apetece conocerlo y adentrarse en la espesura deje atrás la iglesia, baje al mirador de La Molatica (640 metros de altura) y disfrute del muy espacioso y grato paisaje; camino abajo, una senda salpicada de higueras lleva hasta el arroyo de Letur, que discurre por la hondonada y riega pequeñas y feraces huertas. El arroyo bordea las peñas donde

se asienta el pueblo, mueve tres molinos, vierte sus aguas al alto Segura y deja a su paso varias cascadas y balsas naturales.

Letur se asienta sobre un impresionante escarpe rocoso que se eleva desde el vacío más de un centenar de metros. Fortificado por los romanos, los árabes levantaron el castillo en el siglo XII; tras la reconquista, Fernando III la entregó a la orden de Santiago y a ella perteneció hasta el siglo XIX. Las pinturas rupestres localizadas en el municipio ponen de manifiesto la presencia del hombre desde época neolítica.

El casco viejo se ennoblece con la iglesia de Santa María, construida entre los siglos XV y XVI. Si bien el conjunto es gótico, la fachada, austera, pero muy armoniosa, pertenece al Renacimiento; la piedra, ennegrecida por la lluvia y la humedad, le confiere un especial encanto. El interior es otro ejemplo de sencillez; apenas hay imágenes y la luz se cierne por los ventanales del coro y el altar mayor. Junto a la iglesia está el Ayuntamiento; edificado en el siglo XVI, tiene dos arcos y algunas inscripciones referidas al rey Amadeo I, a la Constitución y a unos premios de embellecimiento concedidos en los años 1973 y 1997.

Desde la plaza hasta el mirador que se asoma al vacío, el paseante atraviesa un silencioso entramado de callejas y azucaques, tan angostas a veces que sólo una persona puede cruzarlas. La cal de las fachadas alegra el trayecto y los limpios baldosines, los balcones cuajados de geranios y gitanillas, los visillos de las ventanas, los zócalos, las ristras de pimientos secándose al sol y el olor de guisos ancestrales transmiten una antigua paz.

Uno se siente bien en Letur apenas pasa bajo el arco de piedra con almenas que oculta la fuente de Las Moreras, sonoro ma-

nantial que genera esa profusión de saltos, fuentes, charcos y pequeños estanques con patos. La música del agua recibe al visitante y lo acompaña arroyo abajo hasta el lavadero público, abrupto y pintoresco lugar donde, a mediados de agosto, los mozos corren a las vacas. Llegado el caso, es decir, si usted visita Letur entre el 14 y el 18 de agosto, el sitio idóneo para ver los encierros es la Puerta del Sol, uno de los accesos a la ciudad amurallada. No hace tanto que las mujeres de Letur bajaban al lavadero con la ropa: «Se lavaba muy a gusto, mucho mejor que en la casa, pero ahora nos hemos hecho a las lavadoras», dice una vecina de tez morena y cabello blanco.

El agua del Malecón riega los huertos de hortalizas, legumbres, frutales y alfalfa; el olivo, el almendro y el cereal constituyen sus cultivos de secano. También hay pinares en el término municipal y encinas, jaras, tomillos y romeros que descienden hasta los cortados del río Segura. La sericultura ha sido otra tradición de gran arraigo. El número de vecinos censados no supera los dos milares; algunos van a La Bermeja (940 metros) a cazar liebres, conejos y perdices; en este espacio natural del alto Segura abunda el jabalí y no es difícil encontrar ejemplares de cabra montés en los roquedos próximos al río Segura, entre hoces y farallones que superan los 200 metros de altura. Conviven con la nutria y el gato montés, las águilas real, perdicera y calzada, el buitre leonado y el alimoche, el búho real; pino carrasco o de alepo, rodenos y salga-reños, pastos de alta montaña, enebros y sabinas integran la flora.

Ya se ha dicho que un buen tramo de la carretera que enlaza Calasparra y Socovos, además de estrecha y sinuosa, es deficiente. Por contra, la que une Letur y El Sabinar, cruzando Los Charco-

nes y La Fuente de la Sabina, es más amplia y tiene buen firme. Circule sin premura y disfrute de los pinares, las plantas aromáticas, los apriscos y las encinas que surgen en este poco conocido arco montañoso que limita con la comunidad murciana: sierras de Angula, Estepares, La Umbría de la Mata y del Zacatín, todas con una altitud en torno a 1.000 / 1.500 metros. La salida por El Majal Alto (1442) al Campo de San Juan proporciona una panorámica deliciosa.



CASTILLO DE PEDRO ANDRÉS

## La berrea. El cortijo de La Tobilla

*Con el otoño llega el celo de los venados. Es el tiempo de la berrea, sonido ronco y desaforado que emite el ciervo para marcar su territorio y atraer a las hembras.*

*Si acude algún intruso dirimen la primacía con sus astas. La berrea comienza al declinar el día y se prolonga hasta una hora después de amanecer. Durante ese tiempo, los machos, que llegan a perder un 25% de peso, se aparean con varias hembras.*

**P**asada La Puebla de Don Fadrique, en el curso de los frecuentes riachuelos, entre olmos y fresnos, las choperas dejan un rastro de ocre y amarillos, mientras el agua canta en el hontanar vecino y una pareja de buitres merodea por el alto cielo de La Sagra, la tercera cumbre más alta de Andalucía.

En este escenario, frío y agreste, solitario y hermoso, predomina la encina, el arce, la retama, el enebro, la coscoja, el cambrón, la zamarilla y, especialmente, el pino laricio o salgareño, que, como el pino negral, pertenece a la familia de los llamados escaladores o montanos, crece en las laderas norte de las sierras y soporta inviernos de seis meses. Hay gran riqueza de carnívoros (gato montés, garduña, comadreja, zorro, gineta), ciervos, jabalíes, corzos, muflones, cabras montesas, y sobrevuelan los riscos más abruptos y desnudos el halcón peregrino, el buitre leonado y las águilas real y calzada.

Las nieblas acampan ya en las laderas de las serranías; las noches son como un anticipo del invierno; de aquí a nada, en los ventisqueros, la nieve alcanzará varios metros de espesor, pero en primavera, los valles volverán a vestirse de verde y los venados buscarán el brote tierno de los pastos y la flor de la retama.

Ahora, desde mediados de septiembre, andan los ciervos en amoríos y cuando tal situación acontece, el mundo animal se in-

tranquiliza y disparata, (especialmente ciervos, gamos, corzos, muflones y rebecos), para beneficio de los cazadores furtivos, ralea que, con demasiada impunidad, se aprovecha de las naturales imprudencias para abatirlos.

El destino de este viaje a la berrea fue el cortijo de La Tobilla, paradisíaco enclave que se localiza junto al río Zumeta, entre la sierra de La Sagra y Santiago de la Espada, una finca de 1.000 hectáreas y 300 años de existencia protegida por varios guardas y vallada con alambre ecológico, aunque el furtivo allana cuanto encuentra en su camino.

«Son una plaga», exclama Antonio Tortosa, un joven enamorado de la naturaleza que ha heredado de su padre la responsabilidad de mantener en buen estado la finca familiar, patrimonio cuyo mayor beneficio es el de caminar entre arces, encinas, cerecinos, algún tejo y los sugerentes bosques de pino laricio, oler a retama, triscar por los calares de La Hoya, subir hasta el punto más alto de la sierra de La Guillemona (1.950 metros de altura: en invierno se registran 15 grados bajo cero) o pasar la noche en El Pozo de las Víboras, sin luz ni agua corriente, aunque dormir allí implica abrir la ventana y ver comer a algunos de los 800 animales que han nacido en la finca. No es poca gloria, teniendo en cuenta que allí pacen ciervos, muflones, jabalíes, gamos y el macho montés o cabra hispánica, el más perseguido y cotizado.

La berrea es el tiempo del celo de los ciervos o venados; se inicia a mediados de septiembre y dura algo menos de un mes. No obstante, el celo varía en función de la temperatura y la lluvia registrada ese año; si no ha llovido lo suficiente, se retrasa o disminuye su intensidad, pues los animales intuyen que no habrá sufi-

ciente alimento. La berrea comienza al declinar el día y se prolonga durante toda la noche hasta una hora después de amanecer. El macho cubre a 6 ó 7 ciervas de manera continuada y el esfuerzo es tan brutal que un ciervo de 200 kilogramos pierde 50; la berrea dura unos 20 días y no se repite hasta el próximo otoño. Los muflones, por contra, a lo largo del año cubren alguna de las hembras que quedaron sin preñar.

No muy lejos de aquí, el hombre del Paleolítico representó el ciervo en las paredes de las cuevas. Suelen medir 1.30 de altura y pesan entre 150 y 200 kilogramos; son esbeltos y muy ágiles, de pelo áspero y corto, de color pardorrojizo en verano y gris en invierno, patas largas y cola corta. El macho está armado de astas o cuernas estriadas que pierde y renueva cada año, aumentado cada vez el número de puntas, que llega hasta diez.

Hace seis meses que no llueve en estas cortijadas del antiguo Reino de Murcia en las que se cría el cordero segureño. Al caer la noche, bajo una luna mora, de la espesura del pinar salen unos berridos que ponen los pelos de punta, un lamento desaforado y ronco, un grito desafiante que recuerda el mugido de las vacas, con la salvedad de que el berrido se escucha a kilómetros de distancia.

La berrea también es un modo de marcar el territorio y atraer a las hembras, que sólo son apareadas por los machos viejos y fuertes; hasta los cinco años, los jóvenes son simples espectadores o aspirantes a ocupar el cetro de los mayores, a echar un pulso hasta que logran padrear, aunque los enfrentamientos, por lo general, no suelen ser mortales. Cosa bien distinta es el celo de los machos cabríos, que son mucho más violentos en sus dispu-

tas hasta que uno de ellos se agota; el escenario donde se concentran suele ser una pradera bien orientada, de escasa pendiente; a las hembras las acompañan 3 ó 4 machos que en los enfrentamientos se levantan sobre las patas traseras, chocan las astas y se empujan.

En La Tobilla, cortijo situado junto a La Vidriera, antiguo asentamiento romano, se han tomado precauciones para evitar la entrada de furtivos. Dos jinetes cabalgan por El Pozo de las Víboras y, a la noche, agentes de SEPRONA de Santiago de la Espada se sumarán a la vigilancia. Ajenas al peligro, medio centenar de ciervas ascienden por los riscales de La Hoya, seguidas a prudente distancia por los ciervos, a los que es muy difícil detectar porque se mimetizan con el terreno. Es ahora con la berrea que bajan la guardia, mas, así y todo, se encaraman sobre un risco vigilantes o se integran en la naturaleza, sin mover un músculo, de manera que sus astas estriadas se confunden entre el follaje.

Si el tiempo del celo del venado es la berrea, el del gamo es la ronca, pues emite una especie de ronquido; también varían las fechas: al celo del venado le sucede el del muflón, a principios de noviembre, y tras éste se hacen presentes los del macho montés, el rebeco y el jabalí, entre noviembre y diciembre.

Otro tanto sucede con el comportamiento del macho al disputarse la hembra: el muflón no se levanta sobre las patas traseras, se limita a tomar impulso y topar al enemigo; los rebecos son más gráciles y asombran por sus saltos, carreras y persecuciones; los machos monteses son violentos, pueden pasar horas golpeándose en los cantiles más agrestes de las serranías de Cazorla y La Sagra.

De regreso a La Sagra, en las noches sin luna, hay que detenerse en una meseta conocida por El Miravete, desde la que se divisan Sierra Nevada y las luces de Guadix, Baza y Pozo Alcón. Son luces muy lejanas y lo que prevalece en este mirador es la oscuridad. Esa circunstancia permite gozar con total nitidez de un cielo muy puro surcado por los millones de estrellas que forman la Vía Láctea o Camino de Santiago, cuya luminosidad se impone sobre el oscuro telón del espacio.



LIETOR, SOBRE EL CAUCE DEL RÍO MUNDO

## El valle de las Truchas

*La nieve, las heladas y el frío anuncian el nacimiento de truchas comunes y salmones, los dos peces más tenaces de nuestra fauna. Aunque una trucha o un salmón pueden poner más de diez mil huevos por hembra, ambas especies, que llegaron a dominar los tramos altos de los ríos españoles, se encuentran en serias dificultades.*

**T**ras las últimas lluvias, el campo de Hellín luce un ropaje multicolor: el ocre de las sembraduras, el verde del olivar, el malva y el rosa de los almendros en flor. Al dejar atrás Elche de la Sierra, el paisaje hace un guiño y se ofrece más encumbrado y serrano; lo que ahora predomina es la tierra rojiza, los apriscos para el ganado, la caricia del pinar, la nieve que corona las cumbres. Hay que pasar el Puerto del Peralejo (1.100 metros) y tomar la curva donde mana la Fuente de la Plata para obtener una despejada perspectiva del valle de las Truchas, que así se llamó siglos atrás el cauce del río Mundo desde su nacimiento en Riópar hasta Mesones.

Este es un viaje a la utopía, un itinerario sentimental en pos de la nieve, la lluvia y las heladas que se enseñorean de los ríos y aumentan su caudal para que los alevines de trucha común naden contra corriente. Los amores de estos peces empezaron en otoño, y entre Navidad y marzo se abren los huevos en una proporción asombrosa: diez mil por hembra, aunque esta especie depende de la reproducción, no como la descrita, sino de la artificial, llevada a cabo en piscifactorías; para más adversidad, se enfrenta a la introducción de otras variedades ajenas a nuestras aguas, como la trucha *Arco iris*.

Es una paradoja que la trucha común y el salmón, los peces más hermosos y tenaces de nuestra fauna, aquellos que llegaron a

dominar masivamente los tramos altos de nuestros ríos, carezcan de aguas libres y limpias, y se les niegue la posibilidad de ser libres e independientes. El Mundo, el gran afluente del Segura, siempre fue un río truchero; lo confirma su condición de río montano, la piscifactoría y los cotos intensivos próximos, las asociaciones de pescadores deportivos y la toponimia: siguiendo la senda que asciende hasta la gruta donde nace el río, a mano izquierda hay otro camino que conduce a la evocadora charca de las Truchas, poblada en otro tiempo por miles de alevines.

No es algo casual. Los grandes osos castellano-manchegos vivieron en el calar de la Osera, en la vecina sierra del Agua, hasta los siglos XVII y XVIII, y otro tanto acaeció con el lobo *deitanus*, una subespecie del lobo ibérico. Ambos pertenecen al espacio natural Sierra de Alcaraz / Río Mundo, uno de los paisajes más solitarios del sur de Europa. Un agreste territorio de extensas mesetas calcáreas recubierto de bosques de conífera, habitado por cabras y gatos monteses, zorros, muflones, ginetas, venados, jabalíes, garzas, nutrias, anátidas invernantes y rapaces como las águilas real, perdice-ra y calzada, el alimoche, los búhos chico y real, el buitre leonado y el halcón peregrino. Por lo que concierne a la flora precisar que es la cuarta en número y densidad de formas botánicas exclusivas de España. Aquí florece el cerezo, el tejo, el avellano, la carrasca, el roble, la noguera, el olmo, el guindo, el fresno y los pinos negral, laricio, carrasco y piñonero. Grandes masas de pinares y extensiones de bosque mediterráneo embellecen las cuencas de los ríos Mundo y Bogarra que discurren entre valles angostos y elevadas cresterías, regando cultivos, aldeas y labrantías que fueron frontera de los reinos de Murcia, Castilla y Granada.

La naturaleza se ofrece aquí plena y gozosa, entre molinos de origen árabe, castillos encaramados en el risco más alto, ermitas en caladas, renovados balnearios de agua termal, plantas aromáticas y casas rurales que huelen a leña quemada.

Desde la charca de las Truchas se oye el rumor de los Chorros del río Mundo. Se está bien aquí, bajo las alas de los pinos, entre la espesura de las zarzas y los tarajes, viendo cómo fluye el agua sobre los cantos rodados, cómo se aquieta en los remansos y desaparece entre el follaje. A comienzos del siglo XII, Al-Zuhri, geógrafo árabe, describió el nacimiento del río Mundo en estos términos: «En aquel paraje hay un monte que tiene en su cima una enorme peña que se eleva en el aire como una milla desde el suelo, y en la cúspide de este peñasco hay una gran cueva de donde brota un manantial, elevándose su agua por el aire diez brazas y volviendo a caer sobre aquella misma roca, oyéndose un estruendo desde muy lejos, como si fuera el retumbar del trueno».

La espectacularidad del paraje induce a la exageración. La cueva tiene un diámetro de 25 metros y el agua forma una cascada de 80, la mitad de la altura del Calar del Mundo, anfiteatro calizo de grandes paredes en forma de herradura, entreveradas de color gris, ocre y negro. El interior de la cueva es un paraíso para los amantes de la espeleología, que ya han explorado más de cuarenta kilómetros de galerías, ríos subterráneos, lagos, salas y cascadas.

El agua es el denominador común de este valle paradisíaco abierto al turismo de interior y a la educación ambiental. Antes de llegar a Riópar, en el paraje del Laminador, un camino asfaltado lleva a Lugar Nuevo y a la cañada del Provencio. A 3 kilómetros se encuentra La Dehesa, complejo de turismo rural que conjuga ocio

y actividades, con paseos para ver en su hábitat natural las especies más representativas de la fauna ibérica (ciervos, muflones, gatos monteses, zorros, gamos, ginetas o rapaces cedidas por los centros de recuperación de aves), algunas autóctonas extinguidas, como el lobo, la laguna de anátidas y un tramo de río con truchas, barbos y ratas de agua.

Un viejo pescador recuerda que en Mesones sacaban las truchas de las charcas con la mano. Ahora, desde la piscifactoría se llevan a cabo intentos de reproducción natural con alevines, pero no han prosperado porque los devora la trucha *Arco iris*, una variedad ajena al río Mundo.

*Edita:*  
Ayuntamiento de Murcia  
Concejalía de Cultura y Festejos  
Servicio de Comunicación

*Imprime:*  
A.G. Novograf, S.A.  
I.S.B.N.: 84-89279-86-1  
D.L.: MU-2.393-2001